

Texto de reflexión para el mes de noviembre 2016

MADRE DE MISERICORDIA.⁴⁸

La misericordia es "el atributo más estupendo del Creador y del Redentor", ha dicho Juan Pablo II en su espléndida encíclica *Dives in misericordia* (n. 13).

Nadie sobre la tierra lo ha experimentado de forma tan radical y sobrecogedora como le ocurrió a María Santísima.

Cuando el Antiguo Testamento emplea este término "materno", se refiere siempre a la ternura visceral de Dios por los hombres.

La misericordia de Dios hacia el hombre se manifestó con el hecho de conceder a una criatura humana ser su propia Madre.

Llamar a María "Madre de la misericordia" significa exactamente decir que ella conoce como ningún otro y de manera entrañable, el misterio del Hijo de Dios" y de las "entrañas del Padre".

Estas contienen la promesa, dirigida a nosotros, de convertirnos a todos en "hijos en el Hijo".

En la Navidad, María tiene entre sus brazos toda la misericordia de Dios.

Recordemos la bella meditación de Juan Pablo II en *Dives in Misericordia*:

"María es la que, de manera singular y excepcional, ha experimentado -como nadie- la misericordia y, al mismo tiempo, también de manera excepcional, ha hecho posible con el sacrificio de su corazón la propia participación en la revelación de la misericordia divina. Tal sacrificio está estrechamente vinculado con la cruz de su Hijo, a cuyos pies ella se encontraría en el Calvario. Este sacrificio suyo es una participación singular en la revelación de la misericordia, es decir, en la absoluta fidelidad de Dios al propio amor [...] cumplida definitivamente a través de la cruz.

Nadie ha experimentado, como la Madre del Crucificado el misterio de la cruz, el sobrecogedor encuentro de la trascendente justicia divina con el amor: el "beso" dado por la misericordia a la justicia.

Nadie como ella, María, ha acogido de corazón ese misterio: aquella dimensión verdaderamente divina de la redención, llevada a efecto en el Calvario mediante la muerte de su Hijo, junto con el sacrificio de su corazón de madre, junto con su "SI" definitivo" (n. 9).

⁴⁸ Tomado de "El rostro de la misericordia" Papa Francisco.

Pero ¿cómo se reunieron en ella los dos sí de María, las dos experiencias de misericordia, la de la Navidad y la de Pascua?

Contemplémosla en el Calvario, a los pies de la cruz, donde clavaron a su Hijo.

Los discípulos habían huido, y solo quedaban algunas mujeres fieles y enamoradas y Juan, el discípulo predilecto de Jesús.

Ciertamente, incluso María, fue envuelta por las tinieblas que oscurecían al mundo.

Las atroces torturas del Hijo le lastimaban el corazón, pero su alma estaba herida por el inexplicable silencio del Cielo.

Ella conocía el misterio de la concepción de Jesús: sabía que él tenía derecho a llamar Padre a Dios. Sabía que un reino sin fin le estaba prometido.

Pero allí, sobre la cruz, el Hijo parecía orar inútilmente.

Jesús decía: "¡Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado...!".

María sabía que se trataba de un Salmo.

Podía, incluso, acompañarse con sus palabras, pero se estremecía con solo pensar en aquellos versos que seguían inmediatamente después: "Tú, Señor, me sacaste del seno materno, me confiaste al regazo de mi madre; a ti fui entregado desde mi nacimiento, desde el seno de mi madre, tú eres mi Dios. No te quedes lejos, porque acecha el peligro y no hay nadie para socorrerme" (Sal 22, 10-12).

¡María sabía hasta qué punto todas esas palabras eran verdad, una por una, literalmente verdaderas!

Ella estaba allí para testimoniario con el milagro de su virginidad permanente.

Ella era la Madre que había ofrecido su seno a Dios.

Pero Dios Padre callaba.

Solo un instante antes de gritar que "todo estaba cumplido" y de encomendarse al Padre con el último ímpetu de su ser de Hijo, Jesús mismo le develó el misterio: el Padre del Cielo ofrecía al Hijo "para la salvación de todos".

Por amor lo envió a las manos de los pecadores.

Lo cual el Hijo no solo lo consintió libremente, sino que además deseó que la Madre en la tierra también consintiera aquel intercambio dulce y terrible.

Ahora más que nunca, María comprende que ella era parte de aquel intercambio.

Su consentimiento inmaculado y la gracia que siempre la había colmado eran fruto de aquella sangre derramada por el Hijo.

Ella, por primera vez, sintió, con todo su ser, que verdaderamente era "hija de su Hijo".

Hecha para él, redimida por él.

"Jesús, pues, viendo allí a la Madre y, junto a ella, al discípulo al que amaba, dijo: '¡Mujer, he aquí a tu hijo!'".

Después dijo al discípulo: '¡He aquí a tu Madre!'".

Desde aquel momento, María, aceptó con pasión, la que genera el cariño por un nuevo nacimiento, hacer de Madre de "su hijo Juan", y de todos los creyentes que él representaba.

Como dice el Catecismo de la Iglesia Católica: "Al pie de la cruz, María es escuchada como la Mujer, la nueva Eva, la verdadera 'madre de los que viven'" (n. 2618).

A partir de ese momento, la Iglesia supo que tenía una Madre.

María supo que tenía una innumerable cantidad de hijos que la invocarían por siempre: "Salve, Madre de misericordia: vida, dulzura y esperanza nuestra".